

Elementos para el estudio de una migración antigua: el caso de los Chorotega-Mangue

Silvia Salgado González¹

Elisa Fernández-León²

Recibido: 01-10-10 / Aceptado: 14-06-11

Resumen

El presente artículo realiza un ejercicio conceptual, utilizando casos previamente documentados, para el noroeste de Costa Rica y el Pacífico de Nicaragua, con el fin de presentar un modelo interpretativo de cómo pudo haberse dado el proceso migratorio de los chorotega-mangue. Éste ha sido un tema recurrente en la arqueología de la región, desde los años cincuenta.

Palabras clave: Mesoamérica, migración, identidad, chorotega, Gran Nicoya.

Abstract

Here we conduct a conceptual exercise, using already documented cases from Northwestern Costa Rica and Pacific Nicaragua, to present an interpretative model of how the migration process of the Chorotega-Mangue could have taken place. This has been a recurrent theme in the archeology of the region since the first scientific archaeological investigations were carried out in the 1950's.

Key words: Mesoamerica, migration, identity, chorotega, Greater Nicoya.

¹ Costarricense. Doctora en Arqueología. Profesora Catedrática de la Escuela de Antropología, Universidad de Costa Rica. Correo electrónico: silviasalgad@gmail.com

² Costarricense. Bachiller en Antropología. Candidata a Maestría Académica en Antropología, Universidad de Costa Rica. Correo electrónico: elisafernandezleon@gmail.com

Introducción

La naturaleza de la relación con Mesoamérica, así como el origen y el impacto de las migraciones de pueblos mesoamericanos hacia el Pacífico de Nicaragua y el noroeste de Costa Rica, han sido temas recurrentes en la arqueología del área, desde que Samuel K. Lothrop (1926) sugirió que estos territorios formaban una región geográfica cultural. Posteriormente, Kirchhoff (1943) incluyó a los mismos en la superárea denominada Mesoamérica y desde 1964 se conoce comúnmente en la literatura arqueológica como subárea de la Gran Nicoya (Norweb, 1964).

La mayoría de arqueólogos, quienes ahí trabajaron hasta la década de 1970, vieron la región como una periferia o una frontera de Mesoamérica (Baudez, 1967; Coe, 1962; Coe y Baudez, 1961; Healy, 1980; Stone, 1977; Willey, 1966), pues se vieron influenciados en parte por los relatos, testimonios y censos de las fuentes históricas, estos registraban que entre Nicoya y el golfo de Fonseca, incluyendo la provincia de Choluteca en Honduras, se encontraban pueblos hablantes de lenguas mesoamericanas, como los chorotega-mangue, subtiavas y nicaraos. Luego Lange (1971, 1984), en sus estudios de regiones costeras de Guanacaste, resaltó la naturaleza endógena de los procesos socioculturales y mantuvo que los mesoamericanos se asimilaron a la cultura de los grupos nativos, sin causar transformaciones significativas en ellos.

La investigación arqueológica en Guanacaste fue frecuente a partir de la década de 1960, pero en Nicaragua se realizaron estudios limitados, mediante pequeñas excavaciones en algunos sitios, por Gordon W. Willey y Albert Norweb (Willey y Norweb, 1959; Norweb, 1964), y de mayor escala por Wolfgang Haberland (1963, 1986)³.

Algunos investigadores sostienen que los cambios en la cultura material y la ocupación del territorio, observados en el Pacífico de Nicaragua a partir del 900 n.e., son el resultado parcial de la migración mesoamericana, particularmente las de los chorotega-mangue (Healy, 1974 y 1980; Gorin, 1990; Salgado, 1996; Salgado, Niemel y Roman

³ En esta época no había profesionales de la arqueología nicaragüense, pero sí una producción nacional de aficionados a la historia antigua, quienes escribieron sobre temas relacionados con la discusión que aquí se presenta (Ayón 1887; Matiló Villa 1965, 1974, Pérez Estrada 1971, Arellano 1980). Es importante mencionar que en la construcción del discurso de la nacionalidad nicaragüense, hace referencia fundamentalmente a los nicaraos.

Lacayo, 2007; Braswell, Salgado González, Fletcher y Glascock, 2002; Niemel, 2003). Recientes investigaciones en Guanacaste, como lo exponen Herrera y Solís (este volumen), atribuyen cambios en ciertas prácticas sociales con el arribo de migrantes mesoamericanos. Pero, como ya se indicó, otros arqueólogos rechazan esta interpretación (Lange, 1993; McCafferty, 2008; McCafferty y Steinbrenner, 2005a).

Estas diferencias son producidas, no por disparidad en los datos, sino particularmente por el abordaje conceptual y las expectativa de expresión material de estos cambios, y se intenta aportar elementos a esta discusión evaluando las fuentes etnohistóricas, lingüísticas, genéticas y arqueológicas, considerando también elementos teóricos relacionados con los procesos migratorios y sus expresiones.

Algunos elementos teóricos de las migraciones

El arqueólogo David W. Anthony (1990, 1992, 1997, 2007) ha revisado las teorías sobre migraciones y su aplicación en arqueología. Aunque la Nueva Arqueología y la Arqueología Social, no integran las migraciones como un factor significativo en sus teorías sobre el cambio social, es difícil negar el impacto que estos procesos sociales han tenido y tienen hoy en la constitución de territorios, identidades y prácticas sociales (Chapman y Hamerow, 1997; Morales, 2007)⁴.

Múltiples han sido los motivos que han impulsado la migración humana a través del tiempo, entre estos la sobrepoblación, las limitaciones de acceso a recursos esenciales, la guerra, la intolerancia religiosa, y muchos otros de índole fundamentalmente social. Los migrantes, al buscar mejorar su posición social y económica, valoran aquellos factores

⁴ Quizás el concepto de lugar sea el adecuado para hacer referencia a aquel territorio donde se forma una nueva identidad con relaciones sociales particulares, atinente para el caso de las migraciones. Morales, siguiendo los planteamientos de Alain Turaine y Marc Augé, sostiene que las migraciones deben ser entendidas en el marco de una reconfiguración y reemergencia bajo nuevas expresiones territoriales, en sus palabras "...nos referíamos a esas transformaciones espaciales como un proceso de creación de lugares, como un proceso sociológico en donde el territorio resulta ser una construcción social, económica y política...En un sentido antropológico, el lugar es el ámbito, en el cual se producen los distintos intercambios propios de la vida social y donde se constituye la sociedad y la cultura. Es el mundo en el que, dentro de ciertos límites, se encuentran la geografía y la cosmología, las costumbres y las relaciones de parentesco, el trabajo, los tabúes, las técnicas; en suma, el lugar donde se define la especificidad de la cultura." (Morales, 2007, p. 40).

que los empuja a salir de su tierra de origen, y los atrae al lugar de destino (Anthony, 2007; Morales, 2007).

Anthony define dos patrones migratorios básicos: el de “salto de rana” (*leap-frogging*) donde el desplazamiento se da sólo hacia los lugares, de los cuales se tiene información positiva, aún cuando esto implique un largo movimiento para evitar aquellos que no son así; y el movimiento en cadena (*chain migration*) que se caracteriza por un desplazamiento que guía a familiares o co-residentes a los puntos donde tienen apoyo social y no necesariamente hacia los mejores lugares en términos de otros recursos. El autor plantea, asimismo, que los migrantes no reproducen en todos sus aspectos las prácticas sociales de su lugar de origen, pues no es una sociedad la que migra, sino un sector que puede representar sólo un segmento de la misma, con prácticas sociales e identitarias particulares; es decir, se da una simplificación tanto de prácticas sociales y culturales como lingüísticas, así como una homogenización de las mismas al establecerse en el nuevo territorio, lo que crea y refuerza la idea de origen e intereses compartidos, así como una identidad estereotipada por los “otros”.

El grupo de migrantes establece un nuevo entramado y prácticas sociales en el nuevo territorio e imprime su huella significativa en los miembros que se van agregando. Este grupo usualmente logra el acceso y el control de las mejores tierras, juega un papel preponderante en la implementación de los rituales más relevantes y ocupa las posiciones de mayor prestigio; en ocasiones incluso determina quiénes son aceptados en el grupo social.

La arquitectura doméstica en su forma y construcción, la organización del espacio doméstico, el diseño del asentamiento, la alimentación y los estilos tecnológicos reflejados en las etapas no decorativas de la producción cerámica y en los textiles, son aspectos significativos para determinar arqueológicamente un proceso migratorio (Anthony, 1990, 2007; Clark, 2001).

Es importante además tomar en cuenta que pequeñas élites políticas y rituales pueden introducir y popularizar nuevas formas de habla, e incluso inducir amplios cambios de lengua al tomar el control de territorios importantes, del comercio e intercambio de bienes o al introducir nuevas ideologías políticas o religiosas (Anthony, 2007). Casos documentados muestran cómo los migrantes reclutan a nativos, mediante el

ofrecimiento de posiciones de prestigio, alianzas matrimoniales, regalos, apoyo a familias con situaciones difíciles, métodos represivos o, de forma significativa, mediante el control del intercambio regional. Obviamente, el adoptar una nueva lengua debe presentar una ventajosa oportunidad de integración (Anthony, 2007).

Es esperable que, en algunos casos, la migración tenga como resultado la formación de nuevas fronteras, pero éstas no tienen que generarse mediante una correspondencia entre genética, lengua y cultura material; los cambios entre estos elementos, particularmente los dos primeros, pueden ocurrir a ritmos muy diferentes, a esto se debe agregar que la gente, frecuentemente, se reproduce a través de límites lingüísticos o de cultura material (Anthony, 2007; Constenla, 1994; Cooke, 2005).

Anthony (2007) ha acuñado el concepto de frontera persistente, para definir aquellas donde hay diferencias significativas de cultura material, pero cuando éstas se definen por grupos de costumbres opuestas, las cuales permanecen por largos periodos, se convierten en fronteras persistentes robustas, ahí la cultura material y la lengua forman parte de esa oposición. Estas se forman y mantienen bajo dos condiciones: en los puntos donde se encuentran dos grandes ecotonos o en aquellos lugares donde los migrantes detienen su movimiento y se establecen, formando una frontera cultural que podría coincidir con el límite entre ecotonos. Estas fronteras, definidas por una identidad persistente, se mantienen en parte por la permanente confrontación con “los otros”, y por la existencia de una tradición identitaria imaginada que continuamente provee material para esos contrastes (Anthony, 2007).

No está de más recordar que las fronteras son zonas transicionales y porosas que permiten el movimiento a través de ellas, y que pueden ser dinámicas y con mucho movimiento a través del tiempo (Ibarra y Salgado, 2009-2010).

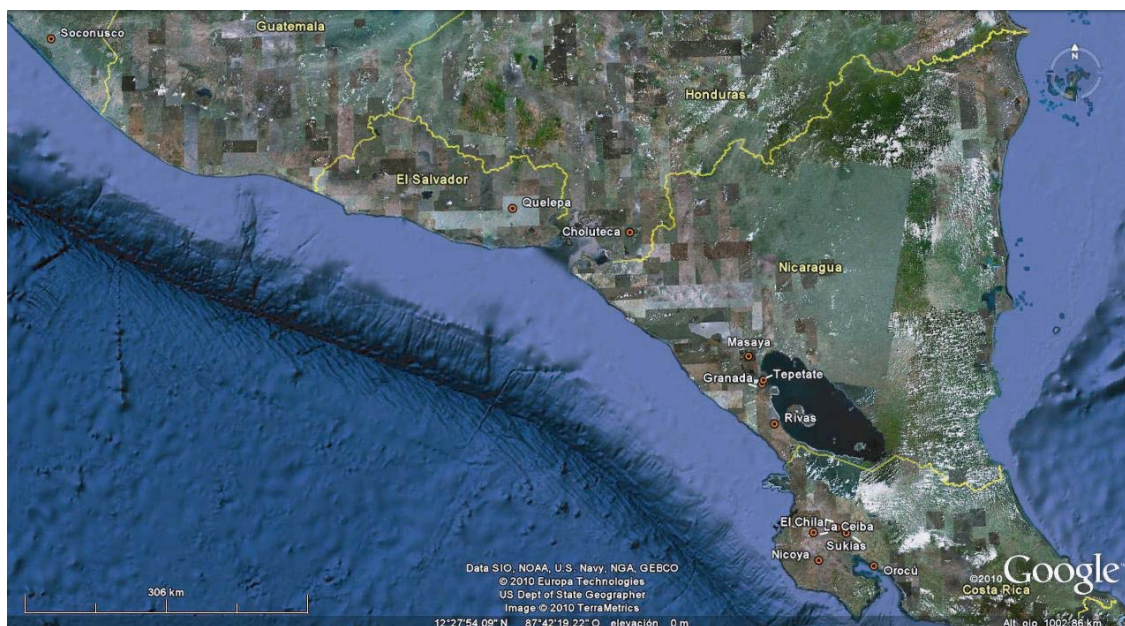
Migración y cambio social en regiones adyacentes a la Gran Nicoya

Andrews (1976) y Fowler (1989) han presentado casos en los cuales el registro arqueológico o las fuentes etnohistóricas develan cambios significativos atribuidos a migraciones mesoamericanas hacia la Baja América Central. Los factores de expulsión han sido relacionados, fundamentalmente, con procesos de opresión sufridos en la tierra

de origen (Jiménez Moreno, 1959) y, por tanto, por la búsqueda de mejores condiciones de vida en nuevos territorios.

Andrews (1976) en el sitio Quelepa (Fig. 1) en el oriente de El Salvador registró cambios entre la fase Shila (150-650 n.e.) y la fase Lepa (650-950 n.e), estas incluyeron el diseño del centro arquitectónico a donde se desplazó la construcción del sector Este al Oeste, el levantamiento de una plazuela ceremonial bordeada de plataformas con formas, dimensiones y técnicas constructivas diferentes, un nuevo complejo cerámico con policromos de pastas finas y algunos de estos con engobe blanco, así como artefactos portables en cerámica y lítica, lo que en conjunto se atribuye a migrantes de Veracruz en este asentamiento, el cual fue ocupado inicialmente por lenca. Andrews (1976) plantea que la migración se hizo por el Pacífico, probablemente por mar, para evitar las tierras altas de América Central que estaban densamente pobladas, en el tipo de movimiento que Anthony denomina salto de rana. Se ha argumentado que los nuevos pobladores fueron mayas mejicanizados y no nahuas, debido a la ausencia de efigies cerámicas representativas de deidades nahuas que caracterizaron las ocupaciones pipil del Posclásico (Fowler, 1989; Sheets, 1984).

Figura 1
Mapa de algunos sitios nombrados en el texto



Fuente: Google Earth

Fowler (1989) hizo un detallado estudio sobre la migración y el establecimiento de los pipiles en el territorio, actualmente salvadoreño, este territorio estuvo previamente dominado por los chorti y sus aliados, considerando que este proceso se manifestó claramente a partir del 900 n.e. (Fowler, 1989); estos pueblos ocupaban todo el territorio salvadoreño al Este y Sur del Río Lempa (Fowler, 1989), para el siglo XVI y desde varios siglos. La evidencia arqueológica muestra que en la cuenca de Paraíso numerosos sitios fueron ocupados por primera vez en el Posclásico Temprano, entre estos se destacan Cihuatán y Santa María (Fowler, 1989; Cobos, 1999). En esta área hay un drástico contraste entre la fase Fogón (700-900 n.e.) del Clásico Tardío, y la Fase Guazapa (850/900-1200 n.e.) del Posclásico Temprano, cuando emergen nuevos elementos arquitectónicos relacionados claramente con el centro de México, e inclusive García, Cook y Merino (1998, citado por Cobos, 1999, p. 576) asocian el diseño arquitectónico de Cihuatán con aquel de Cantona, situado en la cuenca oriental de Puebla. Los cambios en el caso de Quelepa incluyen el patrón de ocupación territorial, el diseño mismo de los asentamientos, cerámica sin antecedentes locales, incluyendo figuras de tamaño natural con representaciones de deidades mexicanas y de animales, y grandes incensarios bicónicos similares a los de Tula, Hidalgo, y una tecnología lítica bifacial que surge en El Salvador entre el Clásico Tardío y el Posclásico.

No es infundado plantear que estas y otras migraciones ocurrieron porque había un conocimiento ancestral y amplio de la geografía cultural de los pueblos de la América Nuclear, especialmente cuando se considera temporalmente profunda la evidencia de redes de intercambio a larga distancia entre pueblos mesoamericanos y de la Baja América Central (Sharer, 1984).

El caso de la migración de los chorotega-mangue

Diversos investigadores han publicado sus revisiones e interpretaciones de las fuentes etnohistóricas sobre los pueblos indígenas del Pacífico de la Baja América Central (Abel-Vidor, 1980; Chapman, 1974; Carmack, 2002; Fowler, 1989; Ibarra, 1994, 2001; Incer, 1990; Jiménez Moreno, 1959; León Portilla, 1972; Stone, 1966; Newson, 1987; Werner, 1994), aquí sólo se mencionarán aquellos datos que son relevantes para este trabajo.

El Pacífico de la Baja América Central, antes del arribo de los mesoamericanos, fue habitado durante milenios por pueblos hablantes de lenguas del Área Itsmo-Colombiana

(Constenla, 1991, 1994, 2002, 2005). Lenguas misumalpas, las cuales probablemente se hablaron en la mayor parte del Pacífico de Nicaragua y en el noroeste de Costa Rica y se conoce del corobicí que es una lengua de la familia vótica de la estirpe chibchense relacionada con el rama (Constenla, 1994).

Las fuentes españolas no dejan duda de la presencia de poblaciones de origen mesoamericano, mencionando una y otra vez a los hablantes de chorotega-mangue y subtiava, dos lenguas otomangues, y nicarao, una lengua nahua. Werner (1994) estima que los chorotegas eran el grupo mayoritario y constituían el 43% de la población indígena total⁵ en el Pacífico nicaragüense en 1522, y aún a finales del siglo XIX existían hablantes de esa lengua. Carmack (2002) dibuja un territorio multiétnico en el siglo XVI, hoy el Departamento de Granada, donde reconstruye la existencia de treinta pueblos chorotegas, quince nahuas y trece chontales, estos últimos a su criterio, hablantes de la familia misumalpa. Los chorotegas estaban organizados en diferentes unidades político-administrativas o provincias, siendo Nequecherri una de la más fuertes en el área de Granada (Incer, 1990, citado por Carmack, 2002, p. 17). Asimismo, no se duda de la presencia chorotega en Guanacaste, donde había varios pueblos organizados en cinco provincias⁶, de las cuales la principal era Nicoya (Fig. 1 [Chapman 1974, Ibarra, 2001; Meléndez, 1978]). Hasta hoy hay pueblos que reclaman su herencia cultural chorotega, aunque muy disminuidos en el número de su población y su territorio, se encuentran al menos en Nicoya, Costa Rica; Masaya y Madriz en Nicaragua y Choluteca en Honduras (Fig. 1).

La pregunta para nosotros no debe ser si la migración chorotega existió, sino aclarar su cronología y geografía, cuál o cuáles sectores de la sociedad originaria migraron, así como las características de inserción en los nuevos territorios de su escogencia y los procesos de gestación de la identidad, o más probablemente, identidades regionales chorotegas en el Pacífico de América Central. En este último sentido, Anne Chapman (1974) sugirió que los pueblos chorotega-mangue en el siglo XVI hablaban diversos dialectos y tenían diferencias sociales e identitarias, tal y como lo anotó Fernández de

⁵ Werner hace esta estimación basado en la tasación realizada en 1548.

⁶ Estas provincias eran Chorotega y Orotiña en la parte oriental y Cangel y Paro en la parte occidental del golfo de Nicoya, más Nicoya. Además existieron pueblos en algunas islas del golfo como Chara y Zapandí.

Oviedo al comparar las formas de gobierno de los chorotegas de Nicoya y los situados al norte. Esto fue producto, no sólo de su proceso migratorio, sino de las transformaciones e interacciones que tuvieron al establecerse en los territorios discontinuos desde Honduras hasta el Pacífico norte de Costa Rica. Por supuesto, no todo puede ser aclarado aquí, pues es sujeto del desarrollo de nuevas y necesarias investigaciones, pero se tratarán algunos de estos asuntos.

Los chorotegas definitivamente mantuvieron su idioma, el cual se ha de considerar un importante rasgo identitario, especialmente si se contrasta con el idioma de los “otros”. El chorotega-mangue, aunque con una evolución propia, mantuvo las raíces que lo ligan al territorio de origen; es notable que su estructura lingüística se mantuviera sin modificaciones significativas cuando se hicieron los primeros registros en el siglo XIX, tanto es así que no hay dudas en clasificarla como una lengua del Área Lingüística Mesoamericana y no del Área Itsmo-Colombiana (Campbell, 1988; Kaufman, 1990, 2001; Quirós, 2002; Constenla, 1994). De manera hipotética, se plantea que su preservación fue producto de un papel dominante que jugaron los chorotegas en su nuevo territorio, con lo cual lograron reclutar poblaciones nativas e incorporarlas a sus estructuras sociales, mediante los mecanismos antes mencionados, incluyendo aquellos de índole represiva. Por las crónicas se sabe que los chorotegas eran temidos, y reputados como pueblos guerreros enemigos de los nicaraos (Chapman, 1974) y de pueblos como los huetares, actualmente territorio de Costa Rica (Ibarra, 2001), pero también se conoce sobre conflictos entre unidades políticas chorotegas (Carmack, 2002). Esto da una idea de cómo pudieron ser las relaciones con los grupos locales en determinados momentos y contextos.

Al hacer un repaso por el vocabulario documentado, se nota que contiene gran cantidad de palabras asociadas al cultivo y consumo del maíz (Cuadro 1). Esto, en conjunto con la práctica del ritual del volador (Fernández de Oviedo, citado por Chapman, 1974, pp. 49-50) y relacionado con el cultivo (Beekman, 1999) da una idea de la importancia que este alimento tenía para los chorotegas. De trescientas cuarenta y cuatro palabras acuñadas en el Diccionario Chorotega-Español, Español-Chorotega de Juan Santiago Quirós Rodríguez (2002), dieciséis están relacionadas con el maíz y sus productos, lo cual representa un 5% de la lengua que se ha conservado. A esto se podrían agregar unas cuantas palabras más relacionadas con su procesamiento, como metate, mano de moler, ceniza, cal y molinera. De otros productos alimenticios como yuca, frijol y calabaza, sólo

se encuentra la palabra en sí, lo cual refuerza la idea del papel fundamental del maíz y sus subproductos en comparación con el de otros alimentos. La importancia de esto reside no sólo en la cantidad de términos, que bien podría haber existido en otros idiomas como el nahua y ser incluso superada con creces, sino el hecho de que se hayan conservado tantos vocablos referentes al maíz en una lengua que en esos momentos estaba a punto de extinguirse, lo cual demuestra su uso cotidiano y frecuente, y por ende el papel preponderante de este alimento en la cultura chorotega⁷. Significativo es que varios de esos términos están claramente relacionados con su expresión en chiapaneco (Aguilar, 1992), mostrando conceptos y prácticas relacionadas con alimentos y modos de procesarlos, los cuales se derivan del lugar de origen de los migrantes (Cuadro 1).

Las investigaciones recientes de genética de poblaciones entre los habitantes del Territorio Indígena de Matambú, Nicoya, descendientes de pueblos chorotegas, indican la existencia de una gran diferenciación genética paterna, atribuida en parte a las migraciones mesoamericanas (Melton, Baldi-Salas, Barrantes y Crawford, 2009). Sin embargo, hay también similitud entre los grupos otomangues y nahuas con hablantes de lenguas de la familia vótica de la estirpe chibchense. Esto por una parte ratifica su presencia física en la región, pero por otra sugiere que los patrones de intercambio genético no necesariamente se ajustaron a comunidades étnicas constituidas previamente a la migración; como ya se ha sugerido los chorotegas pudieron expandirse mediante procesos de reclutamiento, por medio de alianzas matrimoniales u otros mecanismos (Anthony, 2007), sumando descendientes de las poblaciones locales y de otros migrantes a sus estructuras sociales. Estos datos también pueden indicar que hubo comunidades multiétnicas, como ha sido señalado por varios estudiosos (Ibarra, 1994, 2001; Carmack, 2002; Werner, 1994). Por supuesto, hay que tomar en cuenta que estos resultados representan más de mil años de presencia en la región.

⁷ La lingüística puede ayudar, pues según Pejros: “No dictionary can represent the complete lexicon of any language. [...] However, dictionaries usually represent words in everyday use quite well, and we can expect the most important features of a community's life to be captured in the available dictionaries of its language” (1997, p. 151).

Cuadro 1
Palabras asociadas al maíz en chorotega-mangue y su correspondiente en chiapaneco

Español	Chorotega (fonológico)	Chorotega (ortográfico)	Chiapaneco (fonológico)
Atol	<i>Nampu</i>	<i>Nambo</i>	Naa'mbao (Atol de elote)
Bebida, masa de maíz	<i>Nampima</i>	<i>Nambima</i>	Naa'mbima (Pozol)
Cal	<i>Nihitu nipa</i>	<i>Nisu nipa</i>	Na'ambú
Ceniza	<i>Nitu</i>	<i>Nijbu / Nisu</i>	Nitu / Nai ningalú
Comal	<i>Nampuhuu</i> <i>Nimpunku</i>	<i>Nambuyo Nimbugo</i>	Na'tohmó Na'hmó
Elote, mazorca verde	<i>Ñumpulimi</i>	<i>Nyumbulime</i>	Naa'pame Naa'pa yapame
Maíz Cocido	<i>Ñuritu</i>	<i>Nyuritsu</i>	Naa'ñaritú
Maíz en grano	<i>Najma</i>	<i>Nahma</i>	Naa'ma (Maíz común)
Maíz verde, mazorca	<i>Ñupu ñapami</i>	<i>Nyupo nyapame</i> <i>Nyapome</i>	Naa'pa (mazorca) Naa'pashi (mazorca descriada)
Mano de piedra	<i>Ntiru ñupa</i>	<i>Ndiro nyupa</i>	-----
Masa de maíz	<i>Nampima</i>	<i>Nambima</i>	Naa'muta Naa'rimbo
Mazorca	<i>Ñupu</i>	<i>Nyupo</i>	Naa'pa
Metate, piedra de moler	<i>Ñupa</i> <i>Nunku</i>	<i>Nyupa</i> <i>Nyugo</i>	Ñupá Nuupá
Milpa, maizal	<i>Namasiñu</i>	<i>Namasinyu</i>	Naa'masiño
Molinera	<i>Nasi ñampu</i> <i>tapakupwi</i>	<i>Nasinyamo tapakupwi</i>	-----
Nacatamal/Tamal	<i>Ñunka</i>	<i>Nyuga</i>	Nyhucañapa Yucañapa
Olote	<i>Nihi</i>	<i>Nije</i>	Nambue ñupa
Pinol	<i>Nampari</i>	<i>Namburi</i>	Naa'qhihma
Pozol	<i>Nimpusuhu</i>	<i>Nimusojo</i>	Naa'nbima
Tortilla	<i>Nwi</i>	<i>Noi</i>	Naa'ngüi
Totoposte	<i>Ñua</i> □ <i>anhi</i>	<i>Ñyua yanje</i>	Naa'yañui

Fuentes:

Aguilar Penagos, M. (1992). *Diccionario de la lengua chiapaneca*. Méjico, D.F: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Quirós Rodríguez, J. S. (2002). *Diccionario Español-Chorotega, Chorotega-Español*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Los chorotegas parecieran ser los primeros pueblos mesoamericanos en llegar⁸, o al menos los primeros en dejar una huella arqueológica significativa de su presencia a partir del 900 n.e., como se discutirá adelante. Si la relación de Torquemada tiene validez histórica, entonces pareciera que primero se asentaron en Honduras, en el actual Departamento de Choluteca (Fig. 1). Desde allí se extendieron por diversas regiones del Pacífico de Nicaragua y por último al noroeste de Costa Rica. Desafortunadamente hay pocas investigaciones realizadas en Choluteca (Baudez, 1976; Lara Pinto, 2006), pero durante la fase Amapala (950-1250 n.e.) aparece la producción de núcleo-navaja de obsidiana, una industria bifacial en materiales locales y un complejo cerámico con el tipo policromo Papalón como dominante entre los decorados, que Baudez (1976) relaciona al grupo Papagayo, cuya distribución se extiende desde el Valle de Comayagua hasta el noroeste de Costa Rica. Junto con otros autores (Healy, 1980; Day, 1984), Baudez ha asociado el surgimiento de este grupo cerámico con el arribo de chorotegas a la zona⁹.

Kauffman (2001) mantiene que el chorotega se habló en Cholula hasta aproximadamente el 600 n.e. La mayor parte de los lingüistas consideran que el chorotega-mangue y el chiapaneco se separaron entre el 600 y 700 n.e. probablemente en Soconusco (Fig. 1). Si como se mencionó, antes del 900 n.e., no hay evidencia clara de su presencia; bien pudiera ser que el movimiento migratorio hasta el sur de América Central duró varias generaciones¹⁰. Este es un tema para aclarar en futuras

⁸ La principal fuente para esta interpretación es la bien conocida relación de Torquemada. Sin embargo, hay diferentes opiniones sobre cuál sería la fecha en que se movilizaron hacia América Central, por ejemplo, Jiménez Moreno (1959, p. 1077) argumenta que la migración chorotega se inició entre el 750 y el 800 n.e., pero los cálculos glotocronológicos la ubican más temprano, como se discute en el texto.

⁹ El surgimiento de este grupo y sus relaciones debe ser más complicado que esta explicación. Pareciera que los primeros policromos de engobe blanco surgieron en Quelepa en la fase Lepa (650-950 n.e.) como ya ha sido mencionado. Posteriormente los policromos con engobe blanco parecen surgir en el centro de Honduras, en el Valle de Comayagua, un poco más tarde en el Clásico Terminal (850-1000 n.e.). Como lo ha discutido Joyce (1993) la fuente o fuentes de desarrollo de los policromos de engobe blanco en la Baja América Central pueden ser variadas, tanto geográfica y temporalmente, y sólo un fino control cronológico puede ayudar a esclarecer los asuntos de direccionalidad y temporalidad. Aunque en Nicaragua el desarrollo de esta tradición está inicialmente ligada a la de los policromos Ulúa de Comayagua, ese no es necesariamente el caso para todas las expresiones del tipo y, como se discutirá, tiene también, en algunos casos, claras conexiones mesoamericanas en tecnología, forma e iconografía.

¹⁰ Más allá de los cálculos glotocronológicos, Jiménez Moreno (1959, p. 1077) argumenta que la migración chorotega se inició entre el 750 y el 800 n.e. En todo caso, por el momento no se puede saber con exactitud cuándo inició, pero sí parece haber una diferencia de unos cien años entre el inicio y la concreción de la presencia chorotega en la Baja América Central.

investigaciones, pero de ser así, la migración quizá involucró el paso por el Pacífico de Guatemala, con asentamientos por esa zona. La relación que se ha señalado entre los jarrones periformes con efigie del Tohil Plomizo y ciertas variedades del Papagayo Policromo y del Pataky Policromo podrían ser el resultado del paso por esa zona, aunque otros mecanismos pueden haber entrado en juego para crear esa similitud (Healy, 1988). Otros trabajos (Braswell, Salgado González, Fletcher y Glascock, 2002; Niemel, 2003; Salgado, 1996; Salgado, Niemel y Lacayo, 2007) y estudios regionales en los departamentos de Granada, Masaya y Rivas (Fig. 1) indican que a partir del 900 n.e., en el periodo Sapoá, ocurrieron cambios en los patrones de ocupación del territorio, los cuales incluyeron la fundación de nuevos centros regionales, crecimiento en el número de asentamientos y su nucleamiento hacia las costas del lago de Nicaragua, significativo crecimiento demográfico, desplazamiento de la ocupación en algunos sitios multicomponentes de un sector a otro, cambios en costumbres funerarias, en diversos aspectos de las tecnologías líticas y cerámicas, y de pesca. En general, en la Gran Nicoya, surgen elementos iconográficos novedosos y más variados, supuestamente relacionados con Mesoamérica; se incrementa significativamente la presencia de ceramios policromos, y se usan nuevas técnicas de acabado de superficie (Healy, 1980; Day, 1984; Leibhson, 1987; Wingfield, 2009). Es decir, hay un cambio significativo en la cultura material entre el periodo Bagaces (500-800 n.e) y el periodo Sapoá (900-1350 n.e.).

La manufactura de artefactos de obsidiana de núcleo-navaja y la manufactura de tecnología bifacial sobre materiales criptocristalinos locales son una innovación tecnológica que han sido ligadas con prácticas mesoamericanas en esta zona (Lange, Sheets, Martínez y Abel-Vidor, 1992; Valerio y Salgado 2002), así como también en sitios de otras regiones ya discutidos en este trabajo. En Guanacaste, Guerrero y Valerio (2009) reportan un taller lítico en la zona de Bagaces, datado relativamente entre el 800 y el 1100 n.e., donde se manufacturaron puntas de proyectil, cuchillos y bifaces. Tecnología semejante en obsidiana y en materiales sedimentarios, de acuerdo con esos autores fue desarrollada principalmente en la cuenca de México y Tula, y la asocian a la llegada de grupos chorotegas. Artefactos bifaciales se encuentran en varios sitios de Guanacaste después del 900 n.e., pero no en la abundancia con que se encuentran en Nicaragua.

Tepetate (Fig. 1) es, según criterio propio, un buen ejemplo de un sitio fundado probablemente por los chorotegas, en la costa del lago en Granada. El centro del

asentamiento presentaba un diseño arquitectónico con plataformas bajas cubiertas con lajas y construidas alrededor de una plaza, producción de artefactos de núcleo-navaja de obsidiana y de escudillas trípodes de la variedad Cervantes del tipo Papagayo Policromo, que en su pared exterior tiene paneles decorativos geométricos semejantes a los de Cuaxlloa Matte de Cholula, y sus soportes son representaciones de Quetzatcoatl en su expresión de Ehecatl (McCafferty, 2008; McCafferty y Steinbrenner, 2005a). Estos soportes, al igual que figurillas cerámicas predominantemente femeninas del Papagayo Policromo, fueron hechos con moldes, la técnica mesoamericana preferida para la producción de figurillas, sin antecedentes en el Pacífico de Nicaragua (Wingfield, 2009). Se considera que Tepetate pudo ser uno de los centros principales de elaboración de esta cerámica con una iconografía claramente ligada a una deidad principal en el panteón de varios pueblos mesoamericanos, por lo tanto con un mensaje ideológico claro¹¹. Se espera que la investigación en curso de Carrie Dennet en pastas cerámicas identifique los centros y procesos de manufactura en el Pacífico nicaragüense y ayude a aclarar este asunto. En la cerámica monocroma también se introdujeron nuevas formas, acabados de superficie y colores de engobe.

Tepetate, en el departamento de Granada hasta ahora, es un sitio único en su arquitectura, en la producción de navajas de obsidiana y en la de los ceramios -ya arriba discutidos-. Es probable que ese fuera el centro de un galpón¹², la unidad social base de estructuración territorial de los chorotegas. Desafortunadamente su centro ha sido prácticamente destruido por construcciones a partir de los años setenta, pero aún tiene potencial para iluminar aspectos de las prácticas sociales allí desarrolladas y contrastarlas con otros sitios coetáneos de esa región y otras.

¹¹ Saqueadores y habitantes, según el arqueólogo Édgar Espinoza (comunicación personal 1996), atestiguan haber visto muchos moldes de cerámica provenientes del sitio Tepetate, los mismos que se usan para hacer las figurillas Papagayo Policromo y los soportes con la representación de Ehecatl. En el análisis de una cala estratigráfica excavada por Norweb en el centro del sitio, Salgado (2004) identificó 26 moldes de cerámica, y en excavaciones recientes por el proyecto dirigido por McCafferty, se recuperaron muchas otras en un área cercana a un montículo muy alterado en el centro del sitio. No se conoce ningún otro sitio en el Pacífico de Nicaragua donde se hayan reportado esas frecuencias de moldes en una unidad de excavación, ni en el sitio en su conjunto.

¹² Carmack describe cómo el galpón era un pueblo semi-urbano, que estaba rodeado de aldeas tributarias, y piensa que galpón es una versión corrupta de la palabra *calpulli*. Él establece que "Cada unidad política estaba conformada por una plaza central, en donde se hallaba una serie de edificios, los que ejercían control sobre grupos políticos que a la vez podían ser linajes, etnias, barrios y cultos religiosos" (Carmack, 2002, p. 17).

El proyecto que dirige Geoffrey McCafferty en Granada está enriqueciendo estas posibilidades y mostrando diferencias importantes entre Tepetate y El Rayo (McCafferty, Salgado y Dennet, 2009) otro sitio importante, pero de menor rango en la jerarquía regional. Si como lo plantea Carmack (2002) en el siglo XVI Granada era una región multiétnica, entonces es posible que algunos asentamientos a partir del 900 n.e. fueran ocupados por grupos no chorotegas, o que algunos asentamientos contuvieran a varios grupos étnicos. Sin embargo, hasta ahora la investigación realizada no es suficiente para tratar esta posibilidad.

Los límites de la Gran Nicoya se amplían a partir del 900 n.e (Vázquez, Lange, Hoopes, Fonseca, González, Arias, Bishop, Borgnino, Constenla, Corrales, Espinoza, Fletcher, Guerrero, Lauthelin, Rigat, Salgado, S. y Salgado, R, 1994; Salgado y Vázquez, 2006) - abriendo más la geografía de este análisis-, hasta la zona sureste de la costa del lago de Nicaragua en Chontales (Espinoza y Rigat, 1994) y la cuenca del lago de Managua (Espinoza, González y Rigat, 1994). Asimismo, se incrementa significativamente la ocupación de la Isla de Zapatera, contraria al caso de la Isla de Ometepe, donde, aunque este incremento no es notable, Haberland manifiesta que la fase Gato (1000-1200 n.e.) representa, en términos de cultura material, una transición que muestra continuidad, pero también cambios importantes que él liga a migrantes, quienes se asentaron en la isla. Aunque este cambio es más tardío en la isla que en tierra firme, para las fases La Paloma (1100-1300 n.e.) y San Lázaro (1300-1400 n.e.) se nota una consolidación de los nuevos patrones. Es llamativo que en la última fase denominada Santa Ana (1400-1550 n.e.) nuevamente se den cambios que sugieren ya sea introducción de ideas innovadoras o el arribo de nueva gente. También en el sureste del Lago de Nicaragua la última fase de ocupación: Cuapa (1400-1600 d.C.), que se traslapa con la fase Monota (1200-1550 d.C.), muestra un complejo cerámico no relacionado con la Gran Nicoya. Gorin (1990) piensa que esto implica el ingreso de una nueva población en la zona, probablemente Matagalpas. La fase Cuapa tiene los asentamientos con mayor número de montículos de toda la secuencia, y también el mayor incremento de población.

Guanacaste, contrario a Nicaragua, después de los proyectos regionales en las zonas costeras realizadas por Lange en los sesentas y setentas, con la excepción de la prospección de la zona Cañas-Liberia (Guerrero y Solís, 1997), los trabajos de los últimos años se han realizado en sitios puntuales y en gran medida respondiendo a necesidades de desarrollo. Hay aspectos que se notan en la transición del periodo de

Bagaces a Sapoá, que concuerdan en cierta medida con lo discutido para el Pacífico de Nicaragua, pero en otros aspectos hay diferencias importantes (Vázquez, Lange, Hoopes, Fonseca, González, Arias, Bishop, Borgnino, Constenla, Corrales, Espinoza, Fletcher, Guerrero, Lauthelin, Rigat, Salgado, S. y Salgado, R., 1994; Salgado y Vázquez, 2006). Entre los aspectos concordantes están los cambios en la ocupación del territorio, con una concentración de sitios cerca de las costas y en la cuenca del golfo de Nicoya y un abandono total o parcial de las zonas adyacentes a la cordillera, y en muchas regiones un aumento en el número de sitios, e inclusive en su extensión (Vázquez, Lange, Hoopes, Fonseca, González, Arias, Bishop, Borgnino, Constenla, Corrales, Espinoza, Fletcher, Guerrero, Lauthelin, Rigat, Salgado, S. y Salgado, R., 1994; Salgado y Vázquez, 2006). Se dan cambios parciales, pero significativos, en las costumbres funerarias, pues se entierra ahora con más frecuencia en zonas domésticas.

Los aspectos donde hay diferencias notables incluyen la producción alfarera, con una manufactura muy limitada en Guanacaste de policromos de engobe blanco, aunque se comparte mucha iconografía, pero ejecutada con particularidades locales, mientras que se da una continuidad en los policromos de engobe canela producidos inicialmente en el periodo Bagaces con el tipo Galo Policromo, y que se extiende en Sapoá, particularmente en el grupo de Mora Policromo. Es posible que esto muestre la importante presencia de grupos locales, los cuales resistieron la expansión chorotega y mantuvieron su identidad histórica, o bien que los migrantes constituyeran sus aspectos identitarios, al menos parcialmente, de forma diferente a los pueblos que se asentaron en el Pacífico de Nicaragua.

El único trabajo realizado hasta hace poco, para estudiar el impacto de las migraciones chorotegas en Guanacaste, es el de Anayensy Herrera (2001), con la investigación de los procesos de producción de la cerámica monocroma no decorada en cuatro sitios ribereños (Fig. 1)¹³ de la cuenca del golfo de Nicoya durante los periodos Bagaces y Sapoá. Ella concluye que, al menos en la cerámica monocroma no decorada, "... las tecnologías alfareras cambian, pero no significa una anulación de la situación anterior, sino una reformulación" (Herrera 2001, p. 153). Haciendo un balance de los cambios

¹³ Los sitios fueron La Ceiba (G-60LC), El Chilar (G-599ECh), Sukias (G-668SK) y Orocú (P-328Or) (Fig. 1).

generales, establece que estos consisten en una mayor variabilidad de diseños, disminución de diseños sin engobe, aumento en diseños engobados en ambas superficies, aumento en el grosor de las paredes, homogenización de la porosidad, formas de mayor tamaño y peso; esto demuestra:

“[...] una aceptación de innovaciones de parte de los usuarios, aceptación de nuevas creaciones alfareras como motivos decorativos, formas y colores nuevos que seguramente vienen a cumplir con requerimientos económicos, sociales y simbólicos en transformación” (Herrera, 2001, pp. 149-150).

Las interpretaciones posibles incluyen que los sitios estudiados por Herrera no estaban habitados por chorotegas, o que la población de los mismos fuera producto de una mezcla entre locales y chorotegas que perpetuaran prácticas y tecnologías locales con innovaciones traídas por los últimos.

Elisa Fernández-León ha iniciado en la zona de Nicoya, un proyecto de investigación cuyo resultado será su tesis de maestría, el cual está dirigido a determinar los cambios producidos donde, en el siglo XVI, se situaba la unidad político-administrativa más importante de la cuenca del Golfo, el llamado cacicazgo de Nicoya, concentrándose para su análisis en sitios con ocupación Bagaces y Sapoá.

Discusión

La ausencia de rasgos urbanos típicos de los centros principales del mundo mesoamericano no debería ser el principal argumento para sostener que a partir del 900 n.e. los migrantes mesoamericanos, quienes llegaron a la Gran Nicoya, simplemente se asimilaron a las prácticas sociales y culturales locales, abandonando, en lo fundamental, aquellas de su historia ancestral. Después de todo, no se sabe cuáles sectores sociales representaron los migrantes al salir de su tierra, aunque según la relación de Torquemada migraron miembros de todas las edades y géneros.

Es posible que la ausencia de estos rasgos se debiera a que los migrantes fueron miembros de los estratos bajos de la población o miembros de niveles bajos de la élite o, aún si esto no fuera así, en el nuevo territorio es posible que no tuvieran las condiciones sociales requeridas para reproducir la expresión urbana de las ciudades

mesoamericanas. En ese sentido, no se concuerda con quienes plantean que la identidad originaria chorotega-mangue se asimiló a aquella de pueblos del Pacífico centroamericano, pues se entiende que ellos ya no eran iguales a los que partieron de Soconusco.

La reestructuración de la geografía cultural de la llanura del Pacífico de la Baja América Central a partir del 900 n.e es indiscutible. Los cambios drásticos en la ocupación del territorio y en la cultura material, sumados a la evidencia lingüística, genética y etnohistórica hacen imposible negar que las migraciones mesoamericanas hayan tenido un efecto sistémico en la conformación del entramado social de esa región. Los territorios ocupados por estos grupos variaron con el tiempo debido a las disputas con otros pueblos, como lo han mostrado los resultados arqueológicos aquí discutidos. Sería interesante considerar, si su llegada a la región creó lo que Anthony denomina una frontera robusta persistente, donde el límite del ecotono de las llanuras del Pacífico con el de las tierras altas pudo coincidir con su expansión sobre la nueva geografía.

Los chorotegas probablemente fueron los pueblos con mayor población, si se considera, efectivamente, que a partir del 900 n.e. se dio un salto significativo en el tamaño de los asentamientos, entonces se podría al menos especular que el número de migrantes no fue pequeño, y la migración se mantuvo por un tiempo prolongado, y así definitivamente fueron exitosos en reclutar pueblos locales e integrarlos a sus estructuras sociales y prácticas identitarias. Los mecanismos para esa integración fueron múltiples, dependiendo del contexto y los recursos disponibles, pero ya que eran reconocidos como pueblos aguerridos, seguramente los mecanismos represivos fueron importantes, junto con las alianzas matrimoniales y el control de rutas de intercambio. Pero también lo fueron los mecanismos de persuasión que mostraban su prestigio y poder, como quizás lo ilustra el encuentro del líder Chorotega Diriangen y Gil González Dávila, donde el primero, ya conocedor de la presencia de estos españoles en el área y sus contactos previos con los nicaraos, se presentó ante González Dávila acompañado de quinientos hombres, diez portaestandartes, y diecisiete mujeres adornadas con pectorales de oro, ofrendando quinientos chompipes, más de doscientos objetos de oro o cobre en forma de hacha y supuestamente diecisiete mujeres esclavas como regalo (Carmack y Salgado, 2006, p. 222).

Los procesos de migración mesoamericana hacia Centro América son un reto de comprensión para los arqueólogos, pero al mismo tiempo ofrecen una posibilidad fuerte de estudio de cambio social, reestructuración territorial, creación de lugares en el sentido ya referido (ver nota 2). Al mismo tiempo, su estudio permite aportar tanto sustantiva como teóricamente a los estudios de migraciones en la Ciencia Social.

Hay que reconocer, sin embargo, que la reconstrucción de los datos sobre las migraciones en Centroamérica es un proceso lento y complicado, el cual plantea interrogantes que deben ser respondidas por el registro arqueológico para identificar los elementos en oposición con otros, lo que permitiría caracterizar, en este caso, a los chorotegas. Se puede esperar identificar cambios en el paisaje cultural o en elementos culturales diferenciados, pues el éxito de la migración no consistió en un reemplazo de grupos, sino en un adaptarse a lo local. Los chorotegas, como se ha mencionado, pudieron desplazarse o incorporarse pero no reemplazar totalmente las poblaciones locales, así como sus prácticas también fueron moldeadas por el nuevo ambiente social y natural.

Resumen y propuesta para futuras investigaciones

El estudio de estos procesos tiene que contemplar diversas escalas de análisis, ya que tanto a nivel de comunidad como de región, se podrían encontrar contextos multiétnicos en todo el territorio de la denominada Gran Nicoya. Se propone que para su estudio se contemple lo siguiente:

Un trabajo regional que documente y estudie las diferencias entre los asentamientos, las cuales pudieran ser atribuidas a grupos con identidades diferentes pero complementarias en su estructura social, económica y política de una unidad político-administrativa. Estudios comparativos entre regiones, tales como la Choluteca en Honduras, Granada y Masaya en el Pacífico de Nicaragua y en Nicoya, en la cuenca del golfo de Nicoya en Guanacaste, permitirían afinar la cronología del arribo y el establecimiento chorotega a lo largo de América Central para así documentar los procesos de expansión o contracción del territorio, las continuidades y discontinuidades en la constitución de procesos identitarios, entre otros.

Realizar un estudio extensivo de los asentamientos arqueológicos, el cual permita documentar las diferencias en prácticas sociales de los diversos sectores, para revelar el o los diversos grupos que los conformaron. Por lo tanto, el excavar un sector limitado de un asentamiento no necesariamente permite ver las diferencias ni similitudes.

El estudio de estos asentamientos requiere hacerse por contraste, no sólo sincrónico, sino diacrónico para entender la diferencia o similitud en las prácticas sociales y culturales antes y después de la migración. Para esto, será necesario caracterizar bien los diferentes aspectos de la cultura material, al menos, de los periodos Bagaces y Sapoá, con el fin de notar las oposiciones que una situación de conformación de nuevas identidades debe generar.

El estudio de la cultura material debe ser multivariado; es decir, difícilmente se va a encontrar un sólo indicador que, por sí mismo, demuestre las características identitarias de un grupo o sus diferencias en relación con otros. Por lo menos, será necesario estudiar de forma combinada los patrones de ocupación del territorio, la arquitectura pública y residencial, la tecnología e iconografía alfarera y lítica, los procesos y productos de la explotación de recursos bióticos y físicos, así como la concepción y uso del cuerpo y su decoración.

La reconstrucción de las características, que los grupos chorotegas introdujeron con su llegada a los nuevos territorios y de acuerdo con la forma en que estas características fueron cambiando a través del tiempo y el espacio, debería hacerse tomando en consideración el rastro desde el punto de llegada hasta el de origen y no al contrario, pues ésta ha sido quizás una de las razones que lleva a esperar encontrar una copia de las sociedades mesoamericanas en la Baja América Central, sin tomar en cuenta que el proceso de migración produce cambios.

La etnohistoria es un punto de partida a la hora de examinar la cultura de pueblos migrantes, como los chorotegas y los nicaraos. Los textos, códices, mapas y demás fuentes documentales deben ser tratados de una manera crítica contrastando, entre sí y contra la evidencia material, la información que de estos se extraiga, para descubrir aspectos que clarifiquen su veracidad y aporten al estudio de los procesos de migración y de formación de identidades.

Finalmente, se quiere mencionar que, aunque los indígenas de Monimbó tienen conciencia histórica de su origen chorotega, no son la única comunidad actual en Nicaragua que lo reclama. La arqueología puede dimensionar el significado de los pueblos chorotegas en la constitución de la historia colonial y republicana del país, algo que hasta ahora ha sido subestimado, al resaltar un supuesto papel dominante de los nicarao en su historia, por lo que es imperante que la arqueología se dedique a explorar el tema; se espera que la metodología aquí propuesta pueda implementarse para el estudio de estas migraciones.

Agradecimientos

Este artículo se elaboró a partir de una ponencia presentada en el simposio electrónico titulado: "Looking Back, Looking Forward: 75 Years of Archaeology in Pacific Central America"; organizado por el Dr. Geoffrey McCafferty y la Dra. Silvia Salgado, durante la 75ª reunión anual de la SAA (Society for American Archaeology), St. Louis, Missouri, abril del 2010. Se agradecen los comentarios de los participantes del simposio y de los revisores, quienes ayudaron a mejorar su contenido.

Referencias bibliográficas

Abel-Vidor, S. (1980). The historical sources for the Greater Nicoya Archaeological Subarea. *Vínculos*, 6(1-2), 155-176.

Aguilar Penagos, M. (1992). *Diccionario de la lengua chiapaneca*. Méjico D.F.: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Andrews, E. W. (1976). The archaeology of Quelepa, El Salvador. *Middle American Research Institute Publication*, 42.

Anthony, D. (1990). Migration in archaeology: the baby and the bathwater. *American Anthropologist*, 92(4), 895-914.

Anthony, D. (1992). The bath refilled: migration in archeology again. *American Anthropologist*, 94(1), 174-176.

Anthony, D. (1997). Prehistoric migration as Social Process. En J. Chapman y H. Hamerow (Eds.). *Migrations and invasions in archaeological explanation*, (pp. 21-32). Oxford: BAR International Series, 664.

Anthony, D. (2007). *The horse, the wheel and language*. Princenton, New Jersey: Princenton University Press.

Arellano, J. E. (1980). La colección Squier-Zapatera. *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, 32-33, 3-136.

Ayón, T. (1887). *Historia de Nicaragua desde los tiempos más remotos hasta el año 1852*. Granada, Nicaragua.

Baudez, C. F. (1967). *Recherches arqueologiques dans la Vallée du Tempisque, Guanacaste, Costa Rica*. París: Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine.

Baudez, C. F. (1970). *Central America*. Geneva, París, Munich: Nagel Publishers.

Baudez, C. F. (1976). Llanura costera del Golfo de Fonseca, Honduras. *Vínculos*, 2(1), 15-23.

Beekman, Ch. (1999). Ceremony, symbolism and public architecture in Late Formative Jalisco. [En red]. Disponible en: <http://carbon.cudenver.edu/~cbeekman/articles/aaa99pap.pdf>

Braswell, G.; Salgado González, S.; Fletcher, L.; Glascok, M. D. (2002). La antigua Nicaragua: la periferia sudeste de Mesoamérica y la región Maya: interacción regional. *Mayab*, 15, 19-39.

Campbell, L.; Kaufman, T. (1980). On mesoamerican linguistics. *American Anthropologists*, 84(2), 850-867.

Campbell, L. (1988). The linguistics of southeast Chiapas, Mexico. En *Papers of the New World Archaeological Foundation*, No. 50. Provo, UT: New World Archaeological Foundation.

Carmack, R. (2002). Historia prehispánica de los chorotegas de Nicaragua: una síntesis antropológica. *Revista de Historia*, 14, 11-23.

Carmack, R. M.; Salgado González, S. (2006). A World-systems perspective on the archaeology and ethnohistory of The Mesoamerican/Lower Central American border. *Ancient Mesoamerica*, 17, 219-229.

Chapman, A. M. (1974). *Los nicarao y los chorotega según las fuentes históricas*. San José: Publicaciones de la Universidad de Costa Rica.

Chapman, J.; Hamerow, H. (1997). On the move again: migration and invasions in archaeological explanations. En J. Chapman y H. Hamerow (Eds.), *Migration and invasions in archaeological explanation*. (pp.1-10). Oxford: BAR International Series 664.

Clark, J. J. (2001). Tracking prehistoric migrations: Pueblo settlers among the Tonto Basin Hohokam. En *Anthropological Papers of the University of Arizona No. 65*. Tucson: University of Arizona Press.

Cobos, R. (1999). El Clásico Terminal en el sureste del área maya: una visión desde El Salvador. En J. P. Laporte y H. I. Escobedo (Eds.). *XII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala 1988*. (pp. 573-582). Guatemala: Museo Nacional de Arqueología y Etnología.

Coe, M. D. (1962). Costa Rican archaeology and Mesoamerica. *Southwestern Journal of Anthropology*, 18(2), 170-183.

Coe, M. D.; Baudez, C. F. (1961). The Zoned Bichrome Period in Northwestern Costa Rica. *American Antiquity*, 26, 505-515.

Constenla, A. (1991). Las lenguas del Área Intermedia: introducción a un estudio areal. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Constenla, A. (1994). Las lenguas de la Gran Nicoya. *Vínculos*, 18-19, 191-208.

Constenla, A. (2002). Acerca de la relación genealógica de las lenguas lenkas y las lenguas misumalpas. *Revista de Filología y Lingüística*, 28(1), 189-205.

Constenla, A. (2005). Sobre el estudio diacrónico de las lenguas chibchenses y su contribución al conocimiento del pasado de sus hablantes. [En red]. Disponible en:

<http://www.lablaa.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/bolmuseo/1995/endi3839/endi02a.htm>

Cooke, R. (2005). Prehistory of native americans on the Central American land bridge: colonization, dispersal and divergence. *Journal of Archaeological Research*, 13(2), 129-187.

Day, J. (1984). *New approaches in stylistic analysis: the late polychrome period ceramics from Hacienda Tempisque. Guanacaste Province, Costa Rica*. Ph.D. Dissertation. University of Colorado-Boulder.

De Torquemada, J. (1975). *Monarquía indiana I*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Espinoza, E.; Rigat, D. (1994). Gran Nicoya y la región de Chontales. *Vínculos*, 18(1-2), 19(1-2), 139-189.

Espinoza, E.; González, R.; Rigat, D. (1994). Gran Nicoya y la cuenca del Lago de Managua. *Vínculos*, 18(1-2), 19(1-2), 157-172.

Fernández Guardia, R. (1908). *Cartas de Juan Vázquez de Coronado, conquistador de Costa Rica*. Barcelona: Imprenta de la Viuda de Luis Tasso.

Fowler, W. R. (1989). *The cultural evolution of ancient nahua civilizations. The Pipil-Nicarao of Central América*. Norman: University of Oklahoma Press.

Gorin, F. (1990). *Archaeologie de Chontales, Nicaragua*. Tesis doctoral. París, Sorbonne.

Guerrero Miranda, J. V.; Solís Del Vecchio, F. (1997). *Los pueblos antiguos de la zona Cañas-Liberia, del año 300 al 1500 después de Cristo*. San José: Museo Nacional de Costa Rica.

Guerrero Miranda, J. V.; Valerio Lobo, W. (2009). Montesele: un taller lítico especializado del período Sapoá en Guanacaste-Nicoya. *Vínculos*, 32(1-2), 133-148.

Haberland, W. (1963). Ometepe 1962-1963. *Archaeology*, 16(4), 287-289.

Haberland, W. (1986). Settlement patterns and cultural history of Ometepe Island, Nicaragua: a preliminary sketch. *Journal of the Steward Anthropological Society*, 14, 369-386.

Haberland, W. (1992). The culture history of the Ometepe Island: preliminary sketch (survey and excavations 1962-1963.) En F. W. Lange; P. D. Sheets; A. Martínez; S. Abel-Vidor (Eds.). *The Archaeology of Pacific Nicaragua*. (pp. 63-117). Albuquerque: University of New Mexico Press.

Healy, P. (1974). *Archaeological survey of the Rivas region, Nicaragua*. Tesis doctoral. Departamento de Antropología, Harvard University, Massachusetts.

Healy, P. (1980). *The archaeology of the Rivas region, Nicaragua*. Waterloo, Ontario: Wilfred Laurier University Press.

Healy, P. (1988). Greater Nicoya and Mesoamerica: analysis of selected ceramics. En: F. W. Lange (Ed.). *Costa Rican art and archaeology: essays in honor of Frederick W. Mayer*. (pp. 291-301). Boulder: Johnson Publishing.

Herrera Villalobos, A. (2001). *Tecnología alfarera de grupos ribereños de la cuenca del Golfo de Nicoya durante los períodos Bagaces (300-800 d.C.) y Sapoa (800-1350 d.C.)*. Tesis de Licenciatura en Antropología con énfasis en Arqueología. San José: Universidad de Costa Rica.

Ibarra, E. (1994). Los matagalpas a principios del siglo XVI: aproximación a las fuentes interétnicas en Nicaragua (1522-1581). *Vínculos*, 18(1-2), 19 (1-2), 229-243.

Ibarra, E. (2001). *Fronteras étnicas en la conquista de Nicaragua y Nicoya. Entre la solidaridad y el conflicto 800 d.C.-1544 d.C.* San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Ibarra Rojas, E.; Salgado González, S. (2009-2010). Áreas culturales, regiones históricas y la explicación de las relaciones sociales de pueblos indígenas en Nicaragua y Costa Rica, siglos XV y XVI. *Anuario de Estudios Centroamericano*, 35-36.

Incer, J. (1990). *Nicaragua: viajes, rutas y encuentros*. San José: Libro Libre.

Jiménez Moreno, W. (1959). Síntesis de la historia pre-tolteca de Mesoamérica. En C. Cook de Leonard (Ed.). *Esplendor del México antiguo*, 2. (pp.1019-1108). México: Centro de Investigaciones Antropológicas de México.

Joyce, R. (1993). The construction of the Mesoamerican frontier and the mayoid image of Honduran polychromes. En M. Miller Graham (Ed.). *Reinterpreting prehistory of Central America*. (pp. 51-101). Colorado: University Press of Colorado.

Kauffman, T. (1990). Early Otomanguean homelands and cultures: some premature hypothesis. *Working Papers in Linguistics*, 1, 91-136.

Kauffman, T. (2001). The history of the Nawa language group from the earliest times to the sixteenth century: some initial results. [En red]. Disponible en: <http://www.albany.edu/pdlma/Nawa.pdf>

Kirchhoff, P. (1943). Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales. *Acta Americana*, 1(1), 92-107.

Lange, F. W. (1971). Culture history of the Sapoa River Valley, Costa Rica. En *Logan Museum of Anthropology, Occasional Papers No. 4*. Wisconsin: Beloit College.

Lange, F. W. (1984). The Greater Nicoya archaeological subarea. En F. W. Lange y D. Z. Stone (Eds.). *The Archaeology of Lower Central America*. (pp. 165-194). Albuquerque: University of New Mexico Press.

Lange, F. W. (1993). The conceptual structure in Lower Central American studies: a Central American view. En M. Miller Graham (Ed.). *Reinterpreting prehistory of Central America*. (pp. 277-324). Niwot, Colorado: University Press of Colorado.

Lange, F. W.; Sheets, P. D.; Martínez, A.; Abel-Vidor, S. (1992). *The Archaeology of Pacific Nicaragua*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Lara Pinto, G. (2006). La investigación arqueológica en Honduras: lecciones aprendidas para una futura proyección. *Revista pueblos y fronteras digital*. [En red]. Disponible en: http://www.pueblosyfronteras.unam.mx/a06n2/pdfs/n2_misc2.pdf

Leibsohn, D. (1987). *Preliminary report to the JFM Foundation: research on Middle Polychrome Period ceramics*. Manuscrito en archivo, Museo de la Universidad de Colorado, Boulder, Colorado.

León Portilla, M. (1972). *Religión de los nicaraos: análisis y comparación de tradiciones culturales nahuas*. (Series de la Cultura Nahuatl, No. 12). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Lothrop, S. K. (1926). *Pottery of Costa Rica and Nicaragua*. Memoir 8 (1-2). New York: Heye Foundation, Museum of the American Indians.

Matiló Villa, J. (1965). *Estas piedras hablan*. León: Editorial Hospicio.

Matiló Villa, J. (1974). Un aspecto de la cerámica prehistórica de Nicaragua: los moldes precolombinos de Granada. *Encuentro*, 6, 5-9.

McCafferty, G. (1994). The Mixteca-Puebla stylistic tradition at Early Postclassic Cholula. En H. B. Nicholson y E. Quiñones Keber (Eds.). *Mixteca-Puebla: Discoveries and research in Mesoamerican art and archaeology*. (pp. 53-77). California: Labyrinthos.

McCafferty, G. (2008). Domestic practice in Postclassic Santa Isabel, Nicaragua. *Latin American Antiquity*, 19(1), 64-82.

McCafferty, G.; Steinbrenner, L. (2005a). Chronological implications for Greater Nicoya from the Santa Isabel project, Nicaragua. *Ancient Mesoamerica*, 16(1), 131-146.

McCafferty, G.; Steinbrenner, L. (2005b). The meaning of the Mixteca-Puebla stylistic tradition on the southern periphery of Mesoamerica: the view from Nicaragua. En A. Waters-Rist; C. Cluny; C. McNamee; L. Steinbrenner (Eds.). *Art for Archaeology's sake: material culture and style across the disciplines*. (Proceedings of the 33rd Annual Chacmool Conference). (pp.282-292). Albany: The Archaeological Association of the University of Calgary.

McCafferty, G.; Salgado, S.; Dennet. (2009). ¿Cuándo llegaron los mexicanos? La transición entre los periodos Bagaces y Sapoá en Granada, Nicaragua. *Ponencia presentada en el Tercer Congreso Centroamericano de Arqueología*. El Salvador, San Salvador.

Meléndez, C. (1978). Algunas consideraciones de la estructura política de los Chorotegas. En *V Centenario de Gonzalo Fernández de Oviedo, Memoria del congreso sobre el mundo centroamericano en su tiempo*. (pp. 219-221). San José: Editorial Texto S.A.

Melton, P. E.; Baldi-Salas, N.; Barrantes, R.; Crawford, M. H. (2009). *Microevolutionary analysis of Y-chromosome variation in five Native American populations from Lower Central America*. [Abstract].

Morales Gamboa, A. (2007). *La diáspora de la posguerra. Regionalismos de los migrantes y dinámicas territoriales en América Central*. San José: FLACSO.

Newson, L. (1987). *Indian survival in Nicaragua*. Norman, Oklahoma: University of Oklahoma Press.

Niemel, K. S. (2003). *Social change and migration in the Rivas region, Pacific Nicaragua (1000 BC-1522 AD)*. Tesis doctoral. Departamento de Antropología, Universidad de Nueva York, Buffalo, Nueva York.

Norweb, A. (1964). Ceramic stratigraphy in Southwestern Nicaragua. En *Actas del 35 Congreso Internacional de Americanistas, 1*, (pp.551-561).

Pejros, I. (1997). Are correlations between archaeological and linguistic reconstructions possible?. En R. Blench y M. Spriggs (Eds.). *Archaeology and Language, 1*, (pp. 149-157). London and New York: Routledge.

Pérez Estrada, F. (1971). Granada arqueológica. *Anales del Instituto Nicaragüense de Arqueología, 2*, 5-6.

Quirós Rodríguez, J. S. (2002). *Diccionario Español-Chorotega, Chorotega-Español*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Salgado González, S. (1996). *Social change in a region of Granada, Pacific Nicaragua (1000 B.C.-1522 A.D.)*. Tesis Doctoral. State University of New York, New York.

Salgado González, S. (2004). *La expansión de la frontera sudoccidental de Mesoamérica: investigación sobre una colección nicaragüense previamente excavada en la costa pacífica*. Florida: Fundación para el Avance de los Estudios Mesoamericanos.

Salgado González, S.; Vázquez Leiva, R. (2006). Was there a Greater Nicoya Subarea during the Postclassic?. *Vínculos*, 29(1-2), 1-16.

Salgado González, S.; Niemel, K.; Roman Lacayo, M. (2007). Cambios sociales en la historia antigua de Granada y Masaya, Pacífico de Nicaragua. *Arqueología del Área Intermedia*, 7, 137-159.

Sharer, R. (1984). Lower Central America as seen from Mesoamerica. En F. W. Lange y D. Z. Stone (Eds.). *The Archaeology of Lower Central America*. (pp. 63-84). Albuquerque: University of New Mexico Press.

Sheets, P. (1984). The prehistory of El Salvador: an interpretative summary. En F. W. Lange y D. Z. Stone (Eds.). *The Archaeology of Lower Central America*. (pp. 85-112). Albuquerque: University of New Mexico Press.

Stone, D. (1966). Synthesis of Lower Central America Ethnohistory. En R. West (Ed.). *Handbook of Middle American Indians*. (pp. 209-233). Austin: University of Texas Press.

Stone, D. (1977). *Pre-Columbian man in Costa Rica*. Cambridge: Peabody Museum.

Valerio Lobo, W.; Salgado González, S. (2002). Las industrias líticas de Granada, Nicaragua (300-1250 d.C.). *Vínculos*, 25(1-2), 77-95.

Vázquez, R.; Lange, F. W.; Hoopes, J. H.; Fonseca, O.; González R.; Arias, A. C.; Bishop, R. T.; Borgnino, N.; Constenla, A.; Corrales, F.; Espinoza, E.; Fletcher, L. A.; Guerrero J. V.; Lauthelin, V.; Rigat, D.; Salgado, S.; Salgado, R. (1994). Hacia futuras investigaciones en Gran Nicoya. *Vínculos*, 18(1-2), 19(1-2), 245-277.

Werner, P. (1994). Ethnohistory and early colonial Nicaragua: demography and encomiendas of the indian communities. En *Occasional Publications No. 4*. Albany, New York: Institute for Mesoamerican Studies.

Willey, G. (1966). *An introduction to American Archaeology I*. New Jersey: Englewood Cliff, Prentice Hall.

Willey, G. R.; Norweb, A. H. (1959). Preliminary report on archeological fieldwork in Nicaragua in 1959. Manuscrito en archivo. Museo Peabody, Universidad de Harvard, Massachusetts.

Wingfield, L. (2009). *Envisioning Greater Nicoya: central figural art of Costa Rica and Nicaragua, c. 800 BCE-1522 BCE*. Tesis doctoral. Graduate School, Emory University, Atlanta, Georgia.